

«El desprecio es una forma peligrosa de dirigir un país»: este es el sermón que enfureció a Donald Trump

[Mariann Edgar Budde](#) (English below)



Esta semana, el obispo de Washington pronunció un sermón ante el presidente Trump en el que le instaba a mostrar misericordia hacia las comunidades LGBTQ+ y migrantes. El presidente lo condenó por «desagradable».

Lo reproducimos

íntegramente

Oh Dios, tú nos hiciste a tu imagen y semejanza y nos redimiste a través de Jesús, tu Hijo: Mira con compasión a toda la familia humana; elimina la arrogancia y el odio que infectan nuestros corazones; derriba los muros que nos separan; únenos en lazos de amor; y trabaja a través de nuestra lucha y confusión para lograr tus propósitos en la Tierra; para que, en tu momento oportuno, todas las naciones y razas te sirvan en armonía alrededor de tu trono celestial; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Jesús dijo: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como un hombre sabio que construyó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron las inundaciones y soplaron los vientos y golpearon esa casa, pero no se cayó, porque había sido fundada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica será como un hombre insensato que construyó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron las inundaciones, soplaron los vientos y golpearon esa casa, y cayó, ¡y grande fue su caída!». Cuando Jesús terminó de decir estas cosas, las multitudes quedaron asombradas de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas.

Mateo 7:24-29

Unidos por muchos en todo el país, nos hemos reunido esta mañana para orar por la unidad como nación, no por un acuerdo, político o de otro tipo, sino por el tipo de unidad que fomenta la comunidad a través de la diversidad y la división, una unidad que sirve al bien común.

La unidad, en este sentido, es el requisito previo para que las personas vivan juntas en una sociedad libre, es la roca sólida, como dijo Jesús, en este caso sobre la que construir una nación. No es conformidad. No es una victoria de uno sobre otro. No es cortesía cansada ni pasividad nacida del agotamiento. La unidad no es partidista.

Más bien, la unidad es una forma de estar con los demás que abarca y respeta las diferencias, que nos enseña a considerar múltiples perspectivas y experiencias de vida como válidas y dignas de respeto; que nos permite, en nuestras comunidades y en los pasillos del poder, cuidarnos genuinamente unos a otros incluso cuando no estamos de acuerdo. Aquellos en todo nuestro país que dedican sus vidas, o que se ofrecen como voluntarios, para ayudar a otros en tiempos de desastres naturales, a menudo con gran riesgo para ellos mismos, nunca preguntan a aquellos a quienes están ayudando por quién votaron en las elecciones pasadas o qué posiciones tienen sobre un

tema en particular. Damos lo mejor de nosotros mismos cuando seguimos su ejemplo.

La unidad, a veces, es sacrificial, de la misma manera que el amor es sacrificial, un dar de nosotros mismos por el bien de otro. Jesús de Nazaret, en su Sermón de la Montaña, nos exhorta a amar no solo a nuestros vecinos, sino a amar a nuestros enemigos, y a rezar por aquellos que nos persiguen; a ser misericordiosos, como nuestro Dios es misericordioso, y a perdonar a los demás, como Dios nos perdona. Jesús hizo todo lo posible por acoger a aquellos a quienes su sociedad consideraba marginados.

Ahora bien, admito que la unidad, en este sentido amplio y expansivo, es algo a lo que aspirar, y es mucho por lo que rezar: una gran petición a nuestro Dios, digna de lo mejor de lo que somos y podemos ser. Pero no hay mucho que ganar con nuestras oraciones si actuamos de manera que profundicen y exploten aún más las divisiones entre nosotros. Nuestras Escrituras son bastante claras en cuanto a que a Dios nunca le impresionan las oraciones cuando las acciones no están informadas por ellas. Tampoco nos libra Dios de las consecuencias de nuestros actos, que, al final, importan más que las palabras que rezamos.

Los que estamos reunidos aquí en esta catedral no somos ingenuos en cuanto a las realidades de la política. Cuando el poder, la riqueza y los intereses en conflicto están en juego; cuando las opiniones sobre lo que debería ser Estados Unidos están en conflicto; cuando hay opiniones fuertes en un espectro de posibilidades y entendimientos completamente diferentes de cuál es el curso de acción correcto, habrá ganadores y perdedores cuando se emitan los votos o se tomen las decisiones que establezcan el curso de la política pública y la priorización de los recursos. No hace falta decir que en una democracia, no todos los sueños y esperanzas particulares se harán realidad en una sesión legislativa determinada o en un mandato presidencial o incluso en una generación. No todas las oraciones específicas de cada uno, para aquellos de nosotros que somos personas de oración, serán respondidas

como nos gustaría. Pero para algunos, la pérdida de sus esperanzas y sueños será mucho más que una derrota política, sino una pérdida de igualdad, dignidad y sustento.

Dado esto, ¿es posible la verdadera unidad entre nosotros? ¿Y por qué debería importarnos?

Bueno, espero que nos importe, porque la cultura del desprecio que se ha normalizado en nuestro país amenaza con destruirnos. Todos somos bombardeados a diario con mensajes de lo que los sociólogos ahora llaman «el complejo industrial de la indignación», algunos de ellos impulsados por fuerzas externas cuyos intereses se ven favorecidos por una América polarizada. El desprecio alimenta nuestras campañas políticas y las redes sociales, y muchos se benefician de ello. Pero es una forma peligrosa de dirigir un país.

Soy una persona de fe y, con la ayuda de Dios, creo que la unidad en este país es posible, no perfectamente, porque somos personas imperfectas y una unión imperfecta, pero lo suficientemente como para seguir creyendo y trabajando para hacer realidad los ideales de los Estados Unidos de América, ideales expresados en la Declaración de Independencia, con su afirmación de la igualdad y dignidad humanas innatas.

Y tenemos razón al rezar por la ayuda de Dios mientras buscamos la unidad, porque necesitamos la ayuda de Dios, pero solo si nosotros mismos estamos dispuestos a atender los cimientos de los que depende la unidad. Al igual que la analogía de Jesús de construir una casa de fe sobre la roca de sus enseñanzas, en lugar de construir una casa sobre la arena, los cimientos que necesitamos para la unidad deben ser lo suficientemente sólidos como para resistir las muchas tormentas que la amenazan.

¿Cuáles son los cimientos de la unidad? Basándome en nuestras sagradas tradiciones y textos, permítanme sugerir que hay al menos tres.

El primer cimiento de la unidad es honrar la dignidad inherente de todo ser humano, que es, como afirman todas las religiones aquí representadas, el derecho de nacimiento de todas las personas como hijos del Dios Único. En el discurso público, honrar la dignidad de los demás significa negarse a burlarse, menospreciar o demonizar a aquellos con quienes discrepamos, y elegir en su lugar debatir respetuosamente a través de nuestras diferencias y, siempre que sea posible, buscar un terreno común. Si no es posible encontrar un terreno común, la dignidad exige que seamos fieles a nuestras convicciones sin despreciar a quienes tienen las suyas propias.

Un segundo fundamento para la unidad es la honestidad tanto en la conversación privada como en el discurso público. Si no estamos dispuestos a ser honestos, no sirve de nada rezar por la unidad, porque nuestras acciones van en contra de las propias oraciones. Puede que, durante un tiempo, experimentemos una falsa sensación de unidad entre algunos, pero no la unidad más sólida y amplia que necesitamos para hacer frente a los desafíos a los que nos enfrentamos.

Ahora, para ser justos, no siempre sabemos dónde está la verdad, y hay muchas cosas que van en contra de la verdad ahora, de manera asombrosa. Pero cuando sabemos lo que es verdad, nos corresponde decir la verdad, incluso cuando, y especialmente cuando, nos cueste.

Un tercer fundamento para la unidad es la humildad, que todos necesitamos, porque todos somos seres humanos falibles. Cometemos errores. Decimos y hacemos cosas de las que nos arrepentimos. Tenemos nuestros puntos ciegos y prejuicios, y quizás somos más peligrosos para nosotros mismos y para los demás cuando estamos convencidos, sin lugar a dudas, de que tenemos *absolutamente razón* y de que alguien más está *completamente equivocado*. Porque entonces estamos a solo unos pasos de etiquetarnos a nosotros mismos como las personas buenas, frente a las personas malas.

La verdad es que todos somos personas, capaces tanto del bien como del mal. Aleksandr Solzhenitsyn observó astutamente que «la línea que separa el

bien del mal no pasa por los estados, ni entre las clases, ni entre los partidos políticos, sino que atraviesa cada corazón humano y todos los corazones humanos». Cuanto más nos demos cuenta de esto, más espacio tendremos dentro de nosotros mismos para la humildad y la apertura hacia los demás a pesar de nuestras diferencias, porque, de hecho, nos parecemos más de lo que creemos y nos necesitamos unos a otros.

Es relativamente fácil rezar por la unidad en ocasiones solemnes. Es mucho más difícil darse cuenta cuando nos enfrentamos a diferencias reales en la esfera pública. Pero sin unidad, estamos construyendo la casa de nuestra nación sobre arena.

Con un compromiso con la unidad que incorpore la diversidad y trascienda el desacuerdo, y los sólidos cimientos de dignidad, honestidad y humildad que tal unidad requiere, podemos hacer nuestra parte, en nuestro tiempo, para ayudar a hacer realidad los ideales y el sueño de Estados Unidos.

«Temen por sus vidas»: El obispo se enfrenta a Trump sobre inmigración y derechos de los homosexuales - vídeo

Permítame hacer una última súplica, señor presidente. Millones de personas han depositado su confianza en usted. Como le dije ayer a la nación, usted ha sentido la mano providencial de un Dios amoroso. En nombre de nuestro Dios, le pido que tenga piedad de las personas de nuestro país que ahora están asustadas. Hay niños gays, lesbianas y transgénero en familias demócratas, republicanas e independientes que temen por sus vidas.

Y las personas que recogen nuestras cosechas y limpian nuestros edificios de oficinas; que trabajan en nuestras granjas avícolas y plantas de envasado de carne; que lavan los platos después de que comemos en restaurantes y trabajan en el turno de noche en los hospitales, puede que no sean ciudadanos o no tengan la documentación adecuada, pero la gran mayoría de los inmigrantes no son delincuentes. Pagan impuestos y son buenos vecinos.

Son miembros fieles de nuestras iglesias, mezquitas y sinagogas, gurdwaras y templos.

Tenga piedad, señor presidente, de aquellos en nuestras comunidades cuyos hijos temen que se lleven a sus padres. Ayude a aquellos que huyen de zonas de guerra y persecución en sus propias tierras a encontrar compasión y acogida aquí. Nuestro Dios nos enseña que debemos ser misericordiosos con el extranjero, porque nosotros también fuimos extranjeros en esta tierra.

Que Dios nos conceda a todos la fuerza y el valor para honrar la dignidad de cada ser humano, decir la verdad con amor y caminar humildemente unos con otros y con nuestro Dios, por el bien de todas las personas de esta nación y del mundo.

‘Contempt is a dangerous way to lead a country’: here is the sermon that enraged Donald Trump

Mariann Edgar Budde

This week, the bishop of Washington delivered a sermon in front of President Trump urging him to show mercy towards LGBTQ+ and migrant communities. The president condemned it as ‘nasty’. We reproduce it in full

O God, you made us in your own image and redeemed us through Jesus your Son: Look with compassion on the whole human family; take away the arrogance and hatred which infect our hearts; break down the walls that separate us; unite us in bonds of love; and work through our struggle and confusion to accomplish your purposes on Earth; that, in your good time, all nations and races may serve you in harmony around your heavenly throne; through Jesus Christ our Lord. Amen.

Jesus said, "Everyone then who hears these words of mine and acts on them will be like a wise man who built his house on rock. The rain fell, the floods came, and the winds blew and beat on that house, but it did not fall, because it had been founded on rock. And everyone who hears these words of mine and does not act on them will be like a foolish man who built his house on sand. The rain fell, and the floods came, and the winds blew and beat against that house, and it fell – and great was its fall!" Now when Jesus had finished saying these things, the crowds were astounded at his teaching, for he taught them as one having authority, and not as their scribes.

– Matthew 7:24-29

Joined by many across the country, we have gathered this morning to pray for unity as a nation – not for agreement, political or otherwise, but for the kind of unity that fosters community across diversity and division, a unity that serves the common good.

Unity, in this sense, is the threshold requirement for people to live together in a free society, it is the solid rock, as Jesus said, in this case upon which to build a nation. It is not conformity. It is not a victory of one over another. It is not weary politeness nor passivity born of exhaustion. Unity is not partisan.

Rather, unity is a way of being with one another that encompasses and respects differences, that teaches us to hold multiple perspectives and life experiences as valid and worthy of respect; that enables us, in our communities and in the halls of power, to genuinely care for one another even when we disagree. Those across our country who dedicate their lives, or who volunteer, to help others in times of natural disaster, often at great risk to themselves, never ask those they are helping for whom they voted in the past election or what positions they hold on a particular issue. We are at our best when we follow their example.

Unity at times, is sacrificial, in the way that love is sacrificial, a giving of ourselves for the sake of another. Jesus of Nazareth, in his Sermon on the Mount, exhorts us to love not only our neighbors, but to love our enemies, and to pray for those who persecute us; to be merciful, as our God is merciful, and to forgive others, as God forgives us. Jesus went out of his way to welcome those whom his society deemed as outcasts.

Now I grant you that unity, in this broad, expansive sense, is aspirational, and it's a lot to pray for – a big ask of our God, worthy of the best of who we are and can be. But there isn't much to be gained by our prayers if we act in ways

that further deepen and exploit the divisions among us. Our Scriptures are quite clear that God is never impressed with prayers when actions are not informed by them. Nor does God spare us from the consequences of our deeds, which, in the end, matter more than the words we pray.

Those of us gathered here in this Cathedral are not naive about the realities of politics. When power, wealth and competing interests are at stake; when views of what America should be are in conflict; when there are strong opinions across a spectrum of possibilities and starkly different understandings of what the right course of action is, there will be winners and losers when votes are cast or decisions made that set the course of public policy and the prioritization of resources. It goes without saying that in a democracy, not everyone's particular hopes and dreams will be realized in a given legislative session or a presidential term or even a generation. Not everyone's specific prayers – for those of us who are people of prayer – will be answered as we would like. But for some, the loss of their hopes and dreams will be far more than political defeat, but instead a loss of equality, dignity, and livelihood.

Given this, is true unity among us even possible? And why should we care about it?

Well, I hope that we care, because the culture of contempt that has become normalized in our country threatens to destroy us. We are all bombarded daily with messages from what sociologists now call “the outrage industrial complex”, some of it driven by external forces whose interests are furthered by a polarized America. Contempt fuels our political campaigns and social media, and many profit from it. But it's a dangerous way to lead a country.

I am a person of faith, and with God's help I believe that unity in this country is possible – not perfectly, for we are imperfect people and an imperfect union – but sufficient enough to keep us believing in and working to realize the ideals of the United States of America – ideals expressed in the Declaration of Independence, with its assertion of innate human equality and dignity.

And we are right to pray for God's help as we seek unity, for we need God's help, but only if we ourselves are willing to tend to the foundations upon which unity depends. Like Jesus' analogy of building a house of faith on the rock of his teachings, as opposed to building a house on sand, the foundations we need for unity must be sturdy enough to withstand the many storms that threaten it.

What are the foundations of unity? Drawing from our sacred traditions and texts, let me suggest that there are at least three.

The first foundation for unity is honoring the inherent dignity of every human being, which is, as all faiths represented here affirm, the birthright of all people as children of the One God. In public discourse, honoring each other's dignity means refusing to mock, discount, or demonize those with whom we differ, choosing instead to respectfully debate across our differences, and whenever possible, to seek common ground. If common ground is not possible, dignity demands that we remain true to our convictions without contempt for those who hold convictions of their own.

A second foundation for unity is honesty in both private conversation and public discourse. If we aren't willing to be honest, there is no use in praying for unity, because our actions work against the prayers themselves. We might, for

a time, experience a false sense of unity among some, but not the sturdier, broader unity that we need to address the challenges we face.

Now to be fair, we don't always know where the truth lies, and there is a lot working against the truth now, staggeringly so. But when we do know what is true, it's incumbent upon us to speak the truth, even when – and especially when – it costs us.

A third foundation for unity is humility, which we all need, because we are all fallible human beings. We make mistakes. We say and do things that we regret. We have our blind spots and biases, and we are perhaps the most dangerous to ourselves and others when we are persuaded, without a doubt, that we are *absolutely right* and someone else is *absolutely wrong*. Because then we are just a few steps away from labeling ourselves as the good people, versus the bad people.

The truth is that we are all people, capable of both good and bad. Aleksandr Solzhenitsyn astutely observed that “The line separating good and evil passes not through states, nor between classes, nor between political parties, but right through every human heart and through all human hearts.” The more we realize this, the more room we have within ourselves for humility, and openness to one another across our differences, because in fact, we are more like one another than we realize, and we need each other.

Unity is relatively easy to pray for on occasions of solemnity. It's a lot harder to realize when we're dealing with real differences in the public arena. But without unity, we are building our nation's house on sand.

With a commitment to unity that incorporates diversity and transcends disagreement, and the solid foundations of dignity, honesty, and humility that

such unity requires, we can do our part, in our time, to help realize the ideals and the dream of America.



‘They fear for their lives’: Bishop confronts Trump on immigration and gay rights – video

Let me make one final plea, Mr President. Millions have put their trust in you. As you told the nation yesterday, you have felt the providential hand of a loving God. In the name of our God, I ask you to have mercy upon the people in our country who are scared now. There are gay, lesbian and transgender children in Democratic, Republican and independent families who fear for their lives.

And the people who pick our crops and clean our office buildings; who labor in our poultry farms and meat-packing plants; who wash the dishes after we eat in restaurants and work the night shift in hospitals – they may not be citizens or have the proper documentation, but the vast majority of immigrants are not criminals. They pay taxes, and are good neighbors. They are faithful members of our churches, mosques and synagogues, gurdwara, and temples.

Have mercy, Mr President, on those in our communities whose children fear that their parents will be taken away. Help those who are fleeing war zones and persecution in their own lands to find compassion and welcome here. Our God teaches us that we are to be merciful to the stranger, for we were once strangers in this land.

May God grant us all the strength and courage to honor the dignity of every human being, speak the truth in love, and walk humbly with one another and our God, for the good of all the people of this nation and the world.